

—No, Susi, gracias. Prefiero quedarme solo un rato. Si me llama alguien, di que no estoy.

—De acuerdo, pero si necesita algo, llámeme.

Pepe está triste, tristísimo y extrañado. «¿Qué le habrá pasado? ¿Por qué no me ha comentado nada? ¿Cómo puede ser que haya tomado una decisión así?»

* * *

Por la tarde, Pepe va a ver a la mujer de Jesús, que es también muy amiga suya. Ella misma abre la puerta. Se abrazan y Teresa se pone a llorar. Pepe casi no puede hablar:

—Lo siento mucho, Teresa. Tú sabes que es de verdad.

—Lo sé, Pepe, lo sé. Gracias por haber venido.

La casa está llena de amigos y familiares. Pepe se queda un rato hablando con algunos conocidos: todo el mundo está tan extrañado como Pepe, a todos les parece raro que se haya suicidado.

—Cuando llegué de trabajar —explicaba Teresa una y otra vez—, abrí la puerta y noté un fuerte olor a gas. Todo estaba en orden y había un extraño silencio en casa. Normalmente, a esas horas, Jesús estaba trabajando en casa y se oía la máquina de escribir, o música, o algo. Llamé a Jesús, pero no contestó. Fui corriendo a la cocina para ver qué pasaba con el gas y lo encontré allí, en el suelo... Muerto.

—¿Cuándo es el entierro? —pregunta alguien.

—Mañana a las once, en La Almudena³.

—Supongo —dice Pepe— que le han hecho la autopsia.